

Washington Irving,

un peculiar historiador

Juan Manuel Barrios Rozúa



piniones

A Washington Irving se le conoce hoy en España por sus *Cuentos de la Alhambra*, libro del que existen en las librerías más de una decena de ediciones en castellano y varias en otros idiomas para los turistas. Esta peculiar obra ha alcanzado la categoría de clásico para nosotros -los estadounidenses, que tienen algo olvidado a este autor, prefieren sus tempranos escritos sobre el antiguo Nueva York-. Pero la vinculación con España de Irving está más en el terreno de la historia que en el de la ficción, aunque su labor en este campo haya caído en el olvido para la mayoría. A explicar el alcance y limitaciones de su obra histórica está dedicado este artículo.



Washington Irving en 1828.

Un hispanista pionero

En 1824, tras varios años vagando por Europa, las circunstancias económicas y el editor presionaron a Irving para que publicara un nuevo libro. El resultado fue una heterogénea recopilación de cuentos y bocetos llamado *Tales of a Traveller que*. resultaría un sonado fracaso. El norteamericano no sólo quedó en una difícil situación económica, sino muy afectado en su autoestima como literato. Sus reflexiones le llevaron a pensar que quizá ya había pasado para él lo novelesco — no en vano muchos críticos literarios le han reprochado su falta de imaginación y su dependencia de las leyendas populares y la historia— y decide probar suerte con la biografía, un género que de manera breve ya había tocado en el pasado¹. Acarició la idea de escribir unas vidas sobre dos escritores a los que admiraba, Byron y Cervantes. El interés por el autor de *El Quijote* no era lo único que le atraía de España; su deseo por ser capaz de leer a Calderón de la Barca y Lope de Vega en español le animaron a estudiar una lengua que de paso le sería útil cuando cumpliera su deseo de visitar España.

La oportunidad de hacerlo le llegó cuando en 1826 le ofrecieron un puesto de agregado en la embajada norteamericana en España con la misión de traducir una colección de documentos sobre Cristóbal Colón que el historiador y marino Martín Fernández Navarrete había empezado a publicar. Colón era un personaje muy admirado en Estados Unidos y la embajada de ese país en España consideraba de interés nacional que se conocieran nuevos detalles sobre el descubridor.

Irving llegó a Madrid en febrero de 1826 y se puso a trabajar con entusiasmo tras una etapa de sequía creativa; luego viajó por Andalucía y se instaló en Sevilla; finalmente se estableció en la Alhambra, pero a los tres meses escasos de estancia tuvo que marcharse a Londres en el verano de 1829. Durante estos años trabajó con una gran fecundidad como historiador y en menor medida recopilador de leyendas e impresiones personales. En Inglaterra y Estados Unidos continuó varios años trabajando sobre temas hispanos. Jusrificó así de sobra el nombramiento de correspondiente de la Real Academia de la Historia de España de que había

sido objeto y ganó un prestigio como hispanista que le permitió ser nombrado embajador en España entre 1842 y 1846, trabajo que no desempeñó con placer, sino forzado otra vez por necesidades económicas. Si en su primera estancia Irving relanzó su carrera literaria gracias a los temas hispanos, en la segunda cumplió su función burocrática sin buscar inspiración en estas tierras. Por lo tanto, toda su labor como hispanista se sitúa entre 1826 y 1835, o sea, en pleno romanticismo y cuando la historiografía estaba muy poco evolucionada.

Cristóbal Colón y sus compañeros

La misión inicial de Irving en Madrid era en principio la de traducir los documentos de Navarrete, pero cuando sólo lleva dos meses de trabajo, encuentra aburrida la traducción y decide escribir una vida de Colón que sea accesible al gran público: "La obra que yo pensaba traducir es una maraña de documentos demasiado áridos [...] que en su estado actual no despertaría jamás el interés de la mayoría de lectores hoy en día". Por ello concibe la biografía sobre el descubridor como un libro de viajes, género muy de moda en aquel tiempo, y que Irving dominaba a la perfección.

Durante meses está absorbido por la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*: "ha sido el año de más aplicación y trabajo de pluma que he pasado en mi vida"². Pero en 1827 lo encontramos más disperso. Desarrolla una intensísima vida social en Madrid, donde no hay día en que no vaya al teatro o a la ópera, y acuda a recepciones, fiestas o comidas, lo cual no puede dejarle demasiado tiempo para investigar. Es más, la redacción de esta obra la alterna con otros proyectos que le van surgiendo en mente (Don Rodrigo, Don Pelayo, Abd el-Rahman, Mahoma...)³.

El trabajo, no obstante, resultó duro para Irving que reconocía: "He descubierto que el dar fin a un trabajo de esta naturaleza tan distinto en muchos aspectos a lo que solía hacer, requiere un cuidado y dedicación particulares". Y es más, llega a decir: "Jamás tuve idea de! lío en que me metía cuando empecé este libro".

Sabemos por él mismo, que consulta algunas de las principales bibliotecas madrileñas y que el propio Navarrete le proporciona algunos documentos, pero hay que descartar que su visita al Archivo General de Indias y a los lugares en los que estuvo Colón lo haga con carácter de investigador, pues cuando hace el viaje su manuscrito ya lo ha entregado a la imprenta.

Es más, un análisis exhaustivo de la *Vida y viajes de Cristóbal Colón* revela que utilizó como fuentes unos pocos libros: el de Fernández Navarrete como principal aporte documental, complementado por la *Historia de las Indias* del P. Las Casas y las obras de Hernando de Colón, Herrera, Fernández de Oviedo, Gómara, Acosta e Inca Garcilaso⁴.



Desde la perspectiva historiográfica actual no consideraríamos muy desencaminada la acusación de plagio que le hizo el norteamericano Severn Teackle Wallis en 1841: "con toda la industria que hemos podido emplear en el examen de sus referencias, no podemos descubrir alusión a ninguna obra manuscrita que Navarrete no haya citado antes"⁵.

Entonces, ¿cuál es el mérito de Irving? ¿porqué su libro sobre Colón se convirtió en un éxito no sólo en Estados Unidos sino en Europa? Para empezar hay que señalar que Navarrete nunca se sintió ofendido porque Irving expresara su recopilación documental, antes al contrario, él mismo consideraba que nunca se propuso "escribir la historia de aquel Almirante, sino publicar noticias y materiales para que se escribiese con veracidad; y es una fortuna que el primero que se haya aprovechado de ellos sea un literato juicioso y erudito, conocido ya en su patria y en Europa por otras obras apreciables [...] que ha logrado dar a su *Historia* aquella extensión, imparcialidad y exactitud que la hacen muy superior a las de los escritores que le precedieron"⁶.

Así, el primer mérito de Washington Irving reside en saber seleccionar los materiales de los que se va a nutrir su relato. Y esto no es poco en unos tiempos en los que la historia no deja de ser un género literario y la figura del historiador en sentido estricto no está aún muy perfilada y en absoluto escindida de la del literato. Desde la perspectiva actual se comporta más como un divulgador que como un investigador, al novelar la historia cómodamente a partir de la confrontación de unos pocos libros. Eso hace posible que en menos de dos años, y llevando una activa vida social, sea capaz de redactar tan voluminosa obra. Es cierto que no se plantea serias preguntas historiográficas y que rellena las lagunas con su imaginación, pero a pesar de todo el sentido crítico y la intuición que demuestra al elegir sus fuentes es inusual en su época.

Se le puede reprochar su parcialidad hacia Colón, pues ensalza al genovés a la par que ensombrece a los de su entorno. Pero este es un defecto innato al género biográfico, un género menor de la historia que siempre hace recaer una desproporcionada responsabilidad histórica sobre un personaje, sea para exaltarle o para denigrarlo. El pecado de Irving no deja de ser venial para su tiempo. Así presenta a Colón como un héroe mientras se muestra muy duro con Martín Alonso Pinzón, al que pinta como un envidioso, y con los tripulantes de los barcos, que no son más que una chusma de supersticiosos e intrigantes a los que debe sobreponerse⁷.

El genovés es un héroe por el que Irving sentía admiración desde su infancia. Como señala Bravo Villasante: "Unas veces elogia su cordialidad; otras, el vuelo entusiasmado de su fantasía y su cualidad de visionario, así como la exaltación de su espíritu. Destaca su buena fe y amistosa

conducta hacia los naturales; hace notar su intrepidez, su prudencia y la humildad y la resignación en los malos momentos, su lealtad y su rectitud de conciencia. [...]. Para los sucesos que pudieran desacreditar a Colón, según la óptica de los tiempos modernos, Irving siempre encuentra disculpa: la época era así y hay que juzgarle conforme a los criterios de la época"⁸.

Durante la redacción de la bio-

grafía de Colón, Irving reunió materiales para escribir una secuela que relatara otros viajes de descubridores españoles. Con ellos empezó a redactar en Sevilla los *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, publicada en 1831. El tono ameno y la luminosidad de la prosa lo convierten en una digna continuación del anterior libro y hoy son muchas las ediciones que reúnen ambos trabajos.

Aunque desde hace mucho tiempo la *Vida y viajes de Cristóbal Colón* interesa poco a los historiadores, en el siglo XIX fue el trabajo más difundido sobre el descubridor y desde luego el más asequible para el lector común. Ya señalaba el mismísimo Menéndez Pelayo que era uno de los más agradables libros que podían encontrarse acerca del marinero. En fin, si las aventuras de Colón y las de sus seguidores narradas por Irving conservan interés es por la belleza de su estilo, por su relativa veracidad y por estar planteados como exóticos libros de viajes. Pero claro, el lector debe de acercarse a estos volúmenes con la mentalidad de quien va a leer una novela histórica, con el inconveniente de no serlo.

Fascinado por al-Andalus

Cuando en su biografía de Colón llegó al punto en el que el marinero se reunía con los Reyes Católicos frente a la asediada Granada, Irving se sintió atraído por la caída del reino nazarí y pensó en introducir unos capítulos relatándola; de hecho, en su juventud ya había quedado fascinado con el libro de Pérez de Hita sobre *Las Guerras Civiles de Granada*, del que en 1801 se hizo una romántica traducción al inglés⁹. Pronto se dio cuenta de que era un tema demasiado amplio y que sería mejor dedicarle una obra completa. Hizo un esbozo en Madrid y trabajó intensamente en él durante su estancia en Sevilla, hasta el punto de que lo tiene prácticamente acabado cuando hace su segundo viaje a Granada y lo publica ese mismo año.

Crónica de la conquista de Granada resulta un texto desconcertante y de hecho ha dado lugar a críticas enfrentadas. Según el propio autor, ha llevado a cabo "una especie de experimento", un libro "extraído de antiguas crónicas; embellecido, hasta donde me ha sido posible, por la imaginación, y adaptado a los gustos románticos del día; algo que era [...] mitad historia y mitad novela"¹⁰.

Irving hilvana episodios y anécdotas procedentes de distintas fuentes en una única trama argumental. La selección de las fuentes (Hurtado de Mendoza, Mármol, Pérez de Hita y alguna otra menor) es, según el medievalista Ángel Galán, sumamente acertada, pues sabe distinguir las más veraces de las fantásticas, de manera que su relato es el mejor de la Guerra de Granada que estuvo disponible durante mucho tiempo¹¹.

Para enlazar el material histórico sin que el libro pierda el sabor heroico y pintoresco de una crónica medieval a la par que para permitirle algunas concesiones a la fantasía y la ironía sin implicarse como historiador, inventa un cronista medieval, Fray Antonio Agapida. Pero puede reprochársele que el recurso al fingido cronista introduce confusión entre lo que realmente piensa el historiador y lo que piensa el narrador, algo lógico en literatura, pero inaceptable en historia¹².

En su conjunto el libro resulta de un romanticismo aún más acentuado que la biografía de Colón. El relato es una sucesión de batallas medievales en la tradición de los libros de caballerías, que alternan con preciosistas descripciones de un Reino de Granada descrito como un Edén y unas caracterizaciones de los personajes muy novelescas, en particular las de los musulmanes.

Este libro fue un éxito que despertó la imaginación romántica de muchos norteamericanos y europeos, y dio un nuevo empujón a la moda de la maurofilia que se iba a prolongar casi hasta mediados de siglo¹³. Incluso un anciano Walter Scott, al conocer los escritos de Irving, se lamentó de no haber descubierto antes las posibilidades literarias de las luchas entre musulmanes y cristianos en suelo ibero.

Al lector moderno el minucioso relato de las batallas medievales le resulta cansino y estéril. Sin embargo, una



Puerta de la Justicia de la Alhambra

lectura atenta permite descubrir que Irving hizo una aproximación más crítica a las fuentes de lo que pudiera parecer. Así, según Ángel Galán, fue el primero en percatarse que la guerra no sólo fue una empresa anexionista de los castellanos, sino que en paralelo se libró en el reino de Granada una guerra civil, y pese a atribuir ésta a la "crueldad innata de los gobernantes árabes", se percató de que hubo enfrentamientos de clases, pues reconoce la diferente actitud ante la guerra de mercaderes y artesanos frente al "populacho". Pero mientras explica los motivos del derrotismo de los primeros en su interés por no paralizar el comercio, sus prejuicios hacia las clases populares le llevan a verlas como veleidosas y manipulables¹⁴.

Irving recibió en su tiempo algunas críticas por las concesiones a la imaginación que se había permitido en una obra histórica. Así que herido en su orgullo, hizo una segunda edición en la que eliminó varios episodios ficticios, resultando, a juicio de Carrasco Urgoiti una "versión inferior literariamente a la primera, sin que por eso llegue a ser una historia fidedigna, pues el autor utilizó como fuente la *Historia de la dominación de los árabes en España* de Conde, obra que hoy se considera digna de poco crédito"¹⁵.

A la par que trabajaba en sus libros sobre Colón y la conquista de Granada empezó a redactar una serie de episodios de la historia de al-Andalus, desde la invasión musulmana hasta la conquista de Sevilla por Fernando el Santo, en los que una vez más encontramos al cronista Fray Antonio de Agapida como narrador. Pero aquí la imaginación se desborda hacia el terreno de lo fantástico y al final Irving lo tituló con buen criterio *Leyendas de la conquista de España*. El libro no lo terminaría Irving hasta 1835, y el resultado no es de los más logrados, pues está lejos de ser historia por la continua irrupción de lo maravilloso, y tampoco alcanza la amenidad de una recopilación de cuentos; la propia descripción que hace el autor del contenido de su obra deja claras sus ambiguas aspiraciones, pues sólo aspira a «presentar estas apuntaciones en forma de leyendas, sin reclamar para ellas la autenticidad de una historia seria, pero sin referir nada que no tenga un fundamento histórico»¹⁶.

Muchísimo más logrados están los capítulos de los *Cuentos de la Alhambra* (1832) que tratan de historia, pues en esta obra el autor distingue claramente lo que son leyendas populares de lo que es evocación histórica, y puede ofrecer al lector unas breves pero informativas semblanzas a Muhammad Ibn Alhamar, Yusuf I o Boabdil.

Aunque Irving no vuelva a escribir ninguna otra obra histórica sobre España, es preciso señalar que su biografía de *Mahoma y sus sucesores* la empezó a redactar en su primera estancia en Madrid como una introducción a sus libros sobre al-Andalus. Abandonó el proyecto, pero su segunda

estancia en España le animó a retomarlo y finalmente lo dio a la imprenta en 1849 sin otra aspiración que "resumir en un relato fácil, claro y fluido los hechos conocidos sobre Mahoma, junto con las leyendas y tradiciones que se han introducido en todo el conjunto de la literatura oriental"¹⁷. Bueno es saber hoy, a la vista de la agresiva política de Estados Unidos hacia el mundo musulmán, que Irving se dejó contaminar, en palabras de Martínez Montávez, por la "agobiante y secular tradición histotiotográfica, literaria y popular cristiano-occidental que, al tratar de la figura del Profeta del Islam, no le era sólo resueltamente hostil, sino radicalmente intolerante e injusta, maniquea e injuriosa, aparte de escasamente documentada con frecuencia"¹⁸. Así, aunque Irving manifieste en ocasiones su admiración por el Mahoma militar y político, con este libro contribuyó en fechas tempranas a sentar la visión maniquea del árabe y el musulmán que hay desde antiguo en la sociedad norteamericana.

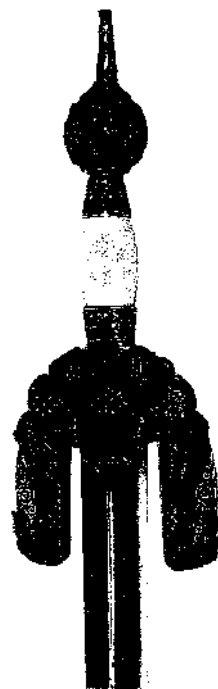
Un historiador romántico

Washington Irving, con su amplia obra sobre España, es un hispanista precursor que contribuyó de manera decisiva a poner de moda este país entre los viajeros que, cada vez más numerosos, abandonaban su cómodo hogar para conocer personalmente un mundo que no estaba preparado para el turismo.

Como historiador fue un romántico en el que las fronteras de lo literario y lo histórico no están siempre claras, pero que tuvo la agudeza de saber documentarse de una manera eficaz. No llegó al rigor de Prescott, pero sí lo superó en brillantez de estilo, por su depurada prosa neoclásica atenta a la descripción preciosista y exótica, lo que no es poco en una disciplina que hoy se desliza con demasiada facilidad a la aridez y la confusión por una mala escritura.

Pero el tiempo no ha pasado en vano, no sólo por la mucha y esclarecedora documentación analizada desde que escribiera Irving, sino por los progresos metodológicos. Hoy no es de rigor una historia en la que son frecuentes los deslices al terreno de la imaginación, en la que la narración no desea verse estorbada por el análisis, en la que se hace girar la historia en torno a la voluntad de unos pocos héroes y villanos mientras se desprecia al "populacho" como una masa informe... Pero, al fin y al cabo, muchas de estas limitaciones siguen estando presentes en una parte de la historiografía, sobre todo en aquella que se ha entregado a la dinámica del mercado editorial. Y es que, al fin y al cabo, Irving fue un maestro de la divulgación, a cuyo servicio puso una cuidada prosa que logra que sus trabajos en un género tan percedero como la historia todavía sean gratos al común de los lectores.

Espada atribuida a Alhagar



Notas

1 Como precedente de su interés por la biografía cabe mencionar que en 1813 hizo una corta biografía del poeta escocés Thomas Campbell y luego hizo esbozos de héroes navales americanos. Con posterioridad a la de Colón realizó numerosas biografías, la más destacada la del presidente y general Washington.

2 Citado por Zulueta, Carmen, «Washington Irving en España», *Historia* 16, 14 (1989), 108-122, pp. 112.

3 Un elocuente extracto del diario de Irving puede leerse en Beerman, Eric, «Washington Irving en Madrid (1826-28): Cristóbal Colón», *Revista Complutense de Historia de América*, 18 (1992), 197-217.

4 Morales Padrón, Francisco, «El descubrimiento de América según Washington Irving», en *Washington Irving (1859-1959)*, Granada, Universidad de Granada, 1960, 53-86, p. 58.

5 También le hace un pequeño reproche: "...sin embargo, es de esperar que, a la luz de los nuevos documentos que vamos publicando, y de las observaciones a que dan lugar, rectifique el señor Washington algu-

nas noticias u opintones que, tomadas de fuentes menos puras, carecen aún de aquella certidumbre y puntualidad que se requiere para acercarse a la perfección" Citado por Beerman, *op. cit.*, p. 216.

6 Citado por Demetrio Ramos en su prólogo a Irving, Washington, *Vida del almirante Don Cristóbal Colón*, Madrid, Istimo, 1987, p. LXXXIV.

7 Morales Padrón, *op. cit.*, p. 56.

8 Bravo Villasante, Carmen, «Washington Irving: biógrafo de Colón», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 401 (1983), 171-180, pp. 174 y 176.

9 Había dos traducciones parciales de Percy y Pinkerton, pero fue la de Thomas Rodd, editada en Londres en 1801, la que tuvo un mayor eco. Carbonell Cortes, Ovidio, «Ecos de Historia romántica: la «España mora» en Thomas Rodd y Washington Irving», *Sharg al-Andalus*, 8 (1991), 11-24, 12-17.

10 Citado por Hoffman, Louise M., «Irving's Use of Spanish Source in *The Conquest of Granada*», *Hispania*, XXVIII (1945), 483-498.

11 Galán Sánchez, Ángel, Una visión de la «decaden-

cia española»: la historiografía anglosajona sobre mudéjares y moriscos (siglos XVIII-XX), Málaga, Diputación, 1991, p. 68.

12 Entre los defensores del recurso al cronista está Carbonell Cortes, 1991: 19, que considera que este cronista ficticio le sirve para "hacer buita de los historiadores católicos de la época; al servicio de la razón de estado".

13 Hoffman, *op. cit.*, p. 24.

14 Galán Sánchez, *op. cit.*, p. 70.

15 Carrasco Urgoiti, María Soledad, *El moro de Granada en la literatura (del siglo XV al XIX)*, Madrid, Revista de Occidente, 1956, (ed. facs. con introducción de Martínez Ruiz, Juan, Universidad, 1989); pp. 243-244.

16 Irving, Washington, *Crónicas moriscas. Leyendas de la conquista de España*, Granada, Miguel Sánchez, 1997, p. 15.

17 Irving, Washington, *Mahoma*, introducido por Martínez Montávez, P., Barcelona, Salvat, 1985, p. 23.

18 Introducción a Irving, *op. cit.*, pp. 14-15.